Los seglares y la vida consagrada: Vocación y misión

Ambientación: El sueño franciscano

Uno de los mayores atractivos de Francisco de Asís es, quizás, *el candor de su humanidad*. Es un santo profundamente humano, pero al mismo tiempo su humanidad tiene mucho de ese *candor* –de esa inocencia y capacidad de soñar con los ojos abiertos– típico de los niños. Quizá sea porque, fiel a su proyecto de vivir con *radicalidad* el evangelio, se fue transformando "automáticamente" en *niño por el Reino*. Unamuno, en una de esas sus profundas intuiciones que delataban en él la fe que tenía y que su razón se resistía a aceptar, dijo: *el amor tiene la virtud de hacer de los hombres niños, mientras que el egoísmo los aniña*.

Por su candor –a mi personalmente– me ha dado muchas veces por comparar a Francisco –especialmente hablando a un público juvenil– con el famoso *Principito* de Antoine de Saint Exupéry. Francisco –como el niño del cuento– sabe mirar el interior de las cosas y de las personas y ver lo que es invisible a los ojos; es una persona con infinita capacidad de asombrarse y seguir indagando, es capaz de enamorarse de una rosa, pero sobre todo es capaz de proyectar desde el evangelio, sin pararse a considerar cuestionamientos teóricas ni dejarse atrapar por normativas restrictivas, una nueva realidad, un mundo nuevo. Si no fuera porque sabemos que fue *verdad*, nos sentiríamos todos nosotros tentados a pensar que el *idilio* vivido por Francisco y los primeros compañeros no pasó de ser un *sueño*. ¡Tanto fue el candor, la inocencia, la simplicidad, la alegría, la vitalidad que acompañó el caminar de aquellos primeros hermanos!.

Francisco un rompedor

Ese sueño vivido en los inicios de la aventura franciscana se aprecia de manera singular en la figura del propio iniciador. Francisco –con la *novedad* de la radicalidad evangélica– fue un rompedor de *odres viejos*, de viejos esquemas y encasillamientos con que se había ido encorsetando la vida cristiana. Y esa su capacidad de innovar –fruto de la desbordante *creatividad* que inyectaba a su

natural viveza el mensaje de quien es capaz *de hacer nuevas todas las cosas*[1]– se aprecia particularmente en su labor como *fundador*. ¿A quién se le podía ocurrir, si no al candoroso e "inocente" Francisco, presentarse al Papa con un pequeño papel –a guisa de Regla– en el que había escrito unos pocos, pero significativos textos evangélicos? ¿A quién se le podía ocurrir, en medio de una mentalidad religiosa que cifraba su ideal en el *alejamiento* de la sociedad, resucitar el proyecto original del propio Cristo que mandaba a sus discípulos *de dos en dos* allí donde pensaba ir él y que los mandaba por todo el mundo a convivir con la gente?

Para nadie de nosotros es un secreto que los que mejor y más rápidamente apreciaron la *revolución* de Francisco fueron, como suele suceder casi siempre, "los de fuera". Como es el caso de Jacobo de Vitry[2]. Poco a poco, también los "de dentro" fueron apreciando la *rompedora novedad* y fueron descubriendo, por ejemplo, que el *ideal de la soledad* no necesita del desierto físico, sino que puede ser alcanzado en medio de la multitud y es nefasta si excluye la fraternidad[3]; que el *claustro* es el mundo[4], o que la *celda*, lejos de ser el lugar donde uno se aísla, en un ámbito de recogimiento, no excluyente de la compañía fraterna, que el propio hermano debe crear dentro de sí[5].

Muchas más cosas se podrían enumerar que nos ayudasen a captar con mayor nitidez la *frescura y novedad* del original sueño franciscano[6]. Pero me

---

[1] Cf. Ap. 21, 5.

[2] Este inglés, que se quedó "boquiabierto" al conocer la primera fraternidad franciscana, exclamó en un primer momento: *Viven según la forma de la primitiva Iglesia… Durante el día van a las ciudades y a las aldeas para conquistar a los que puedan, dedicados a la acción, y durante la noche, retornando al despoblado o lugares solitarios, se dedican a la contemplación*. (JACOBO DE VITRY, *Carta primera*, en *San Francisco de Asís. Escritos, biografías. Documentos de la época*. BAC, Madrid 1978, p. 964). Más tarde, el propio Jacobo de Vitry, al insertar la experiencia franciscana en su *Historia de Oriente*, añade: *El Señor ha querido añadir a los ermitaños, monjes y canónigos, una cuarta institución religiosa… Aunque, a la verdad, si se considera el estado y el orden de la primitiva Iglesia, hay que decir más bien que el Señor no ha añadido propiamente una Regla nueva, sino que ha restaurado la antigua, la ha sacado de su postración, y ha hecho revivir una forma de religión que casi había fenecido* (JACOBO DE VITRY, *Historia de Oriente*, en *ibídem*, p. 965).

[3] Cf. *2 Celano*, 32 y 94 y *Leyenda de Perusa*, 116.

[4] Cf. *Sacrum commercium*, 63.

[5] Cf. *Espejo de perfección*, 65.

[6] Entre ellas, se podría subrayar el hecho de que Francisco no pensó en un principio ser *fundador* de ningún género de vida religiosa. Es más, su experiencia con la vida religiosa más en boga en su tiempo –la monástica– no fue lo que se puede calificar de positiva o gratificante. Maltrecho tras un asalto de ladrones, se refugió en un Monasterio y, ansioso –cual hijo pródigo– de saciar el hambre siquiera con un poco de caldo, trabajó como mozo de cocina, pero –al contrario del hijo menor de la parábola que tuvo detrás un padre– *no encontró*, entre aquellos "hombres de Dios", *un poco de compasión* (cf. *1Celano*, 16). Y como aquellos monjes no le

voy a limitar a subrayar una más, que se encuadra ya perfectamente en el tema que en esta ocasión queréis profundizar como Asamblea de Ministros y Ministras: la *vocación laical* en el primer proyecto franciscano de vida.

Frente a una vida religiosa que –como la monástica– reproducía dentro de sus muros la estructura piramidal de la sociedad del momento, con su distinción de clases y en la que, mientras los *clérigos* eran señores, los *religiosos laicos* no pasaban de ser menores o siervos, Francisco quiso una fraternidad que –a imitación de los primeros cristianos– se distinguiera fundamentalmente por tener un solo corazón, y en la que todos fueran *menores* y "se lavasen mutuamente los pies" [7].

Para él todos los hermanos estaban llamados a vivir plenamente la especial vocación, tanto en su *identidad* (ser), como en su *actividad* (hacer-misión). De hecho, *la predicación* –que para él debía ser primordialmente *testimonial* [8]– era inicialmente una misión encomendada a todos los hermanos [9].

El idilio se rompe

El original idilio franciscano duró, sin embargo, bien poco. En 1215 –tan sólo seis años después de que Inocencio III hubiese aprobado de palabra, en Roma, el propósito de vida de Francisco– la Iglesia vivió, entre los días 11 y 30 de noviembre un Concilio –el *Latenasanense IV*– que resultó decisivo para la historia posterior de la fraternidad. Dicho Concilio –como casi todos los demás, digna excepción hecha del Vaticano II– se reunió para atajar herejías. En este caso se trataba fundamentalmente de las propagadas por albigenses joaquinistas, cátaros y valdenses, y que estaban promovidas, por lo general, por predicadores laicos. Como era de esperar, pues, el Concilio Latenarasense IV – aparte de otras medidas, como las relativas a los sacramentos, y en especial al

---

daban ni con qué vestirse, salió del Monasterio y encontró en casa de un seglar, amigo suyo, lo que allí se le había negado (*Leyenda Mayor*, 2, 6). Sólo cuando se percató –como él mismo confiesa– que *el Señor le había dado hermanos*, aceptó, Francisco, la misión de iniciar un itinerario de vida en todo conforme al espíritu del evangelio asumido y vivido con radical adhesión.

[7] Quien quizá recoge mejor este original proyecto es Celano cuando escribe: *Quería que la religión fuera lo mismo para pobres e ilustrados, que para ricos y sabios. Solía decir: "En Dios no hay acepción de personas… y el Espíritu Santo se posa igual sobre el pobre y sobre el rico"* (*2Celano*, 193. Cf. también, *2Celano*, 191-192).

[8] Cf. *1Celano*, 97; *2Celano*, 155; *Leyenda Mayor*, 8, 1; *Leyenda de Perusa*, 58 y 112.

[9] Cf. *1Celano*, 29 y *Leyenda Mayor*, 3, 7. No se puede obviar al respecto el hecho de que, poco antes de que se le juntaran los primeros compañeros, Francisco escuchó el evangelio de la misión y lo tomó inmediatamente como programa de su vida (cf. *1Celano*, 22).

de la Eucaristía, y a la vida de los clérigos– dedicó todo un apartado a la *predicación*, reservando ésta a sólo aquellos que hubiesen recibido la *misión canónica*. Esto propició que poco a poco la vocación laical, dentro de la Orden, fuese perdiendo su original identidad, al no poder ya los hermanos laicos ejercer la propia misión, y propició también que la Orden se fuese *clericalizando* paulatinamente, ofuscándose así una de las grandes intuiciones del fundador.

Al tiempo que sucedía todo esto, se iba produciendo dentro del franciscanismo otro movimiento encaminado a participar la propia espiritualidad a los seglares [10]. Este movimiento –reconocido después como Orden Tercera y asentado, siguiendo las directrices del propio Francisco en su *Carta a los Fieles*, en los dos grandes pilares de la *penitencia* y del *ejercicio de las obras de misericordia*– se ha mantenido vigente, y continúa estándolo en nuestros días, después de haber experimentado, en sintonía con los vaivenes propios de la historia, épocas de más entusiasmo y épocas de una vivencia más mortecina [11].

Bien. Hasta aquí la ambientación que, aunque haya podido resultar un tanto larga, era, a mi entender, necesaria para situar en su justo ambiente el tema que hoy nos ocupa.

1. El despertar de la vocación laical con el Vaticano II

Durante muchos años, las Órdenes Terceras –apellídense franciscana, dominica, carmelita…– fueron casi los únicos cauces en los que los seglares que se sentían más comprometidos con su fe, al tiempo que alimentaban y profundizaban su vida espiritual, podían expresar ésta en la actividad apostólica. En el siglo XIX, con el despertar de la conciencia social dentro de la Iglesia, fueron surgiendo otras asociaciones de tipo laical –Círculos Católicos, Conferencias de San Vicente de Paul…, y más tarde Acción Católica– que propiciaron también el crecimiento en la fe y el apostolado de los seglares.

[10] Cf. *1Celano*, 37; *Leyenda de los Tres Compañeros*, 60 y *Anónimo de Perusa*, 41.

[11] En España concretamente, y por citar sólo un acontecimiento de singular relevancia, fue la Tercera Orden la que durante la exclaustración, a pesar de no poder contar con el asesoramiento de los directores espirituales de la Primera Orden, mantuvo vivo el espíritu franciscano en medio de una sociedad sacudida fuertemente por corrientes secularizantes y anticlericales.

Con todo, la vocación laical continuaba siendo, en líneas generales, la gran relegada. Los movimientos nombrados eran minoritarios, y, sobre todo, se tenía la conciencia –más explícita o implícitamente– de que sus integrantes, precisamente por su condición de seglares, no pasaban de ser "cristianos de segunda división".

La Iglesia venía desde siglos acentuando una dimensión jerárquica y piramidal en la que los laicos –los más–, ocupaban el puesto inferior. En un tal ambiente de relegación de la vocación laical no se sentía, por ejemplo, ningún rubor a distinguir en el seno mismo de la Iglesia unos *estados de más perfección* que otros.

El Vaticano II, contemplando primordialmente a la Iglesia como *pueblo de Dios*[12] y, de modo particular, resaltando la *universal vocación a la santidad*[13] al afirmar, por ejemplo, que *todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, que es una forma de santidad que promueve aún en la sociedad terrena un nivel de vida más humano*[14], pone las bases para devolver a la vocación laical la dignidad que nunca debiera haber perdido.

La *perfección cristiana* –que lo es siempre en el amor y por el amor, ya que cualquier otra pretensión de perfección no pasa de ser un anhelo del propio egoísmo que, a lo máximo, conduce a un estéril y frustrante *perfeccionismo*– deja de situarse en *los estados de vida*, para adentrarse en el ámbito de la propia vivencia: *Todos los fieles cristianos* –insiste en este sentido una vez más la *Lumen Gentium*– *en cualquier condición de vida, de oficio o de circunstancias, y precisamente por medio de todo eso, se podrán santificar de día en día, con tal de recibirlo todo con fe de la mano del Padre celestial, con tal de cooperar con la voluntad divina, manifestando a todos incluso en una servidumbre temporal, la caridad con que Dios amó al mundo*[15].

A partir de esas premisas, el propio Concilio explicitaría aún más en otros documentos –y de modo especial en la *Apostolicam Actuositatem*– la identidad

[12] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, capítulo II.
[13] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, capítulo V.
[14] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, 40.
[15] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, 41.

e importancia de la vocación laical, resultando así ésta la gran *agraciada* en la doctrina conciliar. No cabe duda de que la doctrina sobre los laicos fue uno de los aportes más enriquecedores de ese gran evento de la Iglesia de nuestro tiempo.

Junto a la dignificación de la vocación laical, el Vaticano II resaltó otro valor –el de la universalidad o catolicidad del Pueblo de Dios y de los carismas recibidos– que con el tiempo influyó decisivamente en el fenómeno, que a continuación se verá con más detalle, por el que los laicos y religiosos se sienten comprometidos a compartir carismas.

El carácter de universalidad, que distingue al pueblo de Dios –se lee también en la *Lumen Gentium– es un don del mismo Señor por el que la Iglesia católica tiende eficaz y constantemente a recapitular la humanidad entera con todos sus bienes, bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu. En virtud de esta catolicidad, cada una de las partes presenta sus dones a las otras partes y a toda la Iglesia, de suerte que el todo y cada uno de sus elementos se aumentan con todos los que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad… De aquí dimanan, finalmente, entre las diversas parte de la Iglesia, los vínculos de íntima comunicación de bienes, y a cada una de las iglesias pueden aplicarse estas palabras del apóstol: el don que cada uno ha recibido póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios*[16].

Con ese acento a la universalidad y catolicidad del Pueblo de Dios y de sus carismas, no sólo se ponían las bases para superar los "capillismos" preexistentes –de carácter más o menos selecto y excluyente–, sino que se iba favoreciendo también la toma de conciencia de que todo carisma –incluso los confiados originalmente a un Instituto religioso– como *regalos que son de Dios para regalar*, no sólo están llamados a extenderse por la universalidad del Orbe –que esto, de alguna manera, siempre había estado presente en la conciencia de los distintos Institutos–, sino que está llamado también a enriquecer a una iglesia particular, pudiendo y debiendo ser regalado, –participado– a todos y a cada uno de los integrantes de esa comunidad eclesial, quienes, desde su libertad y desde su propio estado y condición, pueden a su vez acogerlo de forma

[16] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, 13.

integral. Dicho de otra manera, el carisma de un Instituto religioso no sólo está llamado a enriquecer a la propia comunidad eclesial mediante el testimonio y apostolado de sus integrantes, sino también a enriquecer a esa misma iglesia local participando, comunicando la propia espiritualidad –el propio talante de ser y hacer– a aquellos fieles que se sientan llamados a ello. Todo esto, que en el fondo no es para nuestra "familia" una "novedad", por cuanto que el mismo Francisco lo había intuido y actuado cuando ofreció la participación de su espiritualidad a todos –fuesen sacerdotes seculares o simples laicos–, sí que fue innovador dentro del ambiente histórico y eclesial en el que se celebró el Vaticano II, en el que las distintas Órdenes y Congregaciones recelaban de alguna manera entre sí y nutrían más de un sentimiento de "rivalidad", y en el que la comunión entre Ordinarios de lugar y Congregaciones religiosas era, en muchos casos, una "asignatura pendiente"[17].

2. Surge un nuevo fenómeno: laicos y religiosos comparten el carisma

Ya en 1990, cuando los Superiores Generales –haciéndose eco del Sínodo de 1987, dedicado a *La misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*, cuyas principales conclusiones quedaron después recogidos en la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*– quisieron centrar la reunión celebrada en Ariccia en el tema *Laicos y religiosos en la nueva evangelización*, se puso de manifiesto con claridad un fenómeno que los propios Superiores Generales definirían así: *Hay un hecho que sorprende cada vez más a no pocos Institutos religiosos: un número creciente de laicos seglares les pide compartir su carisma*[18].

Y ese hecho lo habréis experimentado también, sin duda, en el seno de vuestros propios Institutos, muchos de los Superiores y Superioras que os encontráis aquí reunidos. Y seguramente –como después habrá ocasión de comprobar en el trabajo por grupos y en la puesta en común del mismo– habréis empezado a responder de alguna manera a él.

---

[17] A partir precisamente de la *apertura a la universalidad* de los distintos Institutos promovida y propiciada por la doctrina conciliar fueron tomando más auge, por ejemplo, órganos de comunión entre las distintas Órdenes y Congregaciones, como las *Conferencias de Superiores Mayores* que habían nacido oficialmente unos años antes del evento conciliar (cf. VATICANO SEGUNDO, *Perfectae Caristatis*, 23).

[18] Cf. *Laicos y religiosos en la nueva evangelización*, Unión de Superiores Generales, Ariccia 1990, p. 17.

2.1. Compartiendo el ser y el hacer

Ahora bien, yo quisiera subrayar, dentro de ese "nuevo" fenómeno, algo de lo que, ya en 1990, apuntaban los mismos Superiores Generales: *Los laicos* –decían– *no se contentan con una mera colaboración apostólica, sino que desean un tipo de participación más honda*[19]. De alguna forma, buscan compartir la propia espiritualidad, buscan compartir de *modo integral* el *propio carisma*, es decir, el *ser y hacer.*

En realidad, tampoco esto resulta novedoso del todo para la larga tradición de la familia franciscana. En el programa de vida de la Tercera Orden –y hagamos referencia al mismo con una expresión típica de la *Carta de Francisco a los Fieles*–, la *maternidad* espiritual de Cristo, que todo fiel está llamado a reproducir en sí mismo, previamente al hecho de *darlo a luz por obras santas que deben ser luz para el ejemplo de otros*, se sitúa en el hecho de *llevarlo en el corazón y en el cuerpo por el amor divino y por una conciencia pura y sincera*. Dicho de otra manera, es la *penitencia* –el crecimiento de la persona a la luz de Cristo– la que posibilita y favorece el verdadero *ejercicio de las Obras de misericordia*. La Carta a los Fieles no es un simple *programa apostólico*, es fundamentalmente un *programa coherente e integral de vida*.

Con todo –y a pesar de que desde la claridad de nuestras fuentes franciscanas, no habría necesidad de acentuar de nuevo esa integridad en el compartir que implica tanto el ámbito del *ser* como el del *hacer*– no está, quizá, de más el hacerlo.

Nuestra cultura es más dada al compromiso *en el hacer* que a ese *compromiso vital* que implica todo el ser y supone, por esencia, *coherencia* entre el propio *sentir*, *pensar y actuar*[20].

Hoy vemos cómo proliferan, por ejemplo, las ONGs; apreciamos el gran servicio que ofrecen, y nos sorprende gratamente como atraen a cantidad de seglares y muchos de ellos, jóvenes. Varios de los Institutos que vosotras y

[19] Cf. *Laicos y religiosos en la nueva evangelización*, Unión de Superiores Generales, Ariccia 1990 p. 17.

[20] Quizá, y teniendo presente de alguna manera esa tendencia que ya empezaba a sentirse, es por lo que el Concilio, en su Decreto sobre el *Apostolado seglar*, dice: *Los seglares que, siguiendo su vocación, se han inscrito en alguna de las asociaciones o institutos aprobado por la Iglesia, han de esforzarse al mismo tiempo en asimilar fielmente la característica peculiar de la vida espiritual que les es propia* (cf. VATICANO SEGUNDO, *Apostolicam Actuositatem*, 4).

vosotros representáis han fundado posiblemente alguna. La misma familia franciscana tiene a nivel mundial una ONG la *Familia Franciscana Internacional*. Dichas ONGs constituyen, no cabe duda, un medio legítimo y digno para trasmitir, favorecer y multiplicar el propio apostolado, colaborando con los seglares y aprovechando los muchos recursos que ponen a disposición de la causa de los más necesitados, distintos Estados y Asociaciones. Pero no se puede confundir esta forma benéfica, positiva y laudable de compromiso, con esa otra del *compromiso integral de vida* que constituye hoy el núcleo central de nuestra reflexión.

Son formas de participación diferentes –si queréis igualmente legítimas– pero que, precisamente por ser diferentes, no es bueno confundir, por más que puedan establecerse entre ellas distintos cauces para la participación y mutua colaboración.

Hay personas dispuestas a comprometer sólo su tiempo y su actividad y quieren hacerlo, además, desde un nuevo compromiso social que no les suponga una implicación más directa de su persona. Y hay que respetarlas así y hay que encontrar cauces de colaboración con ellos.

Hay otros, sin embargo, que desean alimentar su acción a favor de los demás desde un vivencia más enraizada en el ser de la Institución religiosa por la que se han sentido atraídos. Y también hay que respetarlos. Y una forma de respeto es precisamente el no confundir ámbitos, el no pretender juntar dos realidades diferentes. Ambas son, no cabe duda, muy buenas, pero cada una de ellas tiene necesidad de conservar y acentuar su propia identidad.

2.2. Unidos, pero no confundidos

Y hablando de "no revolturas", otra pretensión, que a mi entender, conviene considerar y matizar, es la de fundar una especie de *comunidades mixtas* entre religiosos o religiosas y seglares. Dicha pretensión se inspira, entre otras fuentes, en el ejemplo de Institutos nacidos ya bajo esa institución espiritual, o carisma. Pero a mi entender –y esta opinión sí que es muy personal– la experiencia de tales Institutos surgidos con ese específico carisma no es extrapolable del todo a los demás. Nosotros –quizá la totalidad de los

Institutos que representáis los que aquí os encontráis reunidos– nos hemos educado en un ambiente de *comunidad* o *fraternidad* –esencial para nosotros como franciscanos– que de alguna manera, y a pesar de las imperfecciones, tiende a conformar un *ámbito familiar*. Y aunque ese ámbito familiar está abierto a recibir y acoger visitas, etc…, quizá no está preparado para recibir establemente a personas de estado o condición distinto al que tradicionalmente –y por Regla o Constituciones– ha sido el propio.

De igual manera que cuando un seglar se integra en alguna de nuestras Asociaciones laicales no le pedimos –ni mucho menos le exigimos– que venga con él "su familia", tampoco nosotros –pienso– al abrir nuestro carisma a los seglares podemos tener la pretensión de integrarlos dentro de nuestra propia familia. Hay que respetar ámbitos. Una cosa es fomentar la unidad creciente que debe existir entre el Instituto religioso, primer depositario del carisma en cuestión, y la Asociación laical nacida de la integral participación del mismo, y otra, pretender difuminar las lindes de los "ámbitos familiares" que comportan los *distintos estados*.

En consonancia también con lo que se viene diciendo, pienso que nadie puede –ni debe– pretender que *todos* los miembros de un Instituto vean de la misma manera o vivan con el mismo entusiasmo la apertura al mundo seglar. Una cosa es ayudar a tomar conciencia y otra, forzarla. Hay que respetar los procesos de personas formadas en determinados ambientes.

Cada una de las partes –religiosos o religiosas y laicos comprometidos con el propio carisma– tiene su proyecto de vida conforme al propio estado. Y dicho proyecto comporta también sus propios ámbitos. Y haciendo una vez más reucurso a nuestra tradición franciscana, simplemente añadir que no estaría de más recordar que la Primera y la Tercera Orden han mantenido siempre un buen clima de unidad, conservando ambas sus propios ámbitos de crecimiento, convivencia y actuación.

2.3. Respetando la autonomía laical

Junto a todo lo anterior, hay otra consideración de capital importancia, a mi parecer: el respeto a la *autonomía* de los propios laicos.

La participación de los seglares en la triple dimensión que comporta todo carisma religioso –la teológica, la fraterna y la apostólica– debe realizarse traduciendo como *espiritualidad seglar* el carisma mismo del Instituto en cuestión, superando en todo momento la tentación de ver en los laicos unos meros colaboradores de los propios religiosos; la tentación de convertirlos en seguidores del carisma "de segunda división".

La participación integral en el carisma de un Instituto religioso convierte al seglar en *heredero de pleno derecho* del mismo. Como ámbitos en los que, a mi parecer, puede peligrar la necesaria *autonomía* de los seglares apuntaría los referentes a su propio *ser*, a su propio *hacer* y a su propio *caminar*.

a. Dejarles libre el corazón

Lo primero que quizá hay que respetar en la autonomía laical es el *dejarles libre el corazón*, es decir, no querer hacer de ellos una especie de "semi-religiosos", como desconfiando "en la práctica" de la belleza y bondad de la vocación laical, tal cual quedó resaltada en la doctrina conciliar. Es necesario respetarles ese carácter secular que es *propio y peculiar* suyo [21].

A veces pareciera que, si no "reconsagramos" a las personas –ya consagradas en el Bautismo– nos quedamos con la sensación que "falta algo". A veces –sin demasiadas o con demasiadas "profundidades"– hemos podido tener la pretensión de privar al mensaje evangélico de la *universalidad* que tiene todo él y cada una de sus partes, dando como a entender que hubiera pasajes del mismo referido específicamente a un determinado estado. Caso "estelar" al respecto es el pasaje del joven rico [22], en el que se ha fundamentado tradicionalmente parte de la doctrina de los así llamados *consejos evangélicos*. Tales consejos van dirigidos –como el resto mismo del Evangelio– al corazón de todo hombre y mujer. Lo único que varía es la forma de vivirlos de acuerdo a la propia vocación y estado. Dejemos, pues, que los laicos los vivan desde el carácter secular que les es propio y según el estado –matrimonio o soltería– al que se sientan llamados, y no tengamos afán de proponerles más compromisos

[21] Cf. VATICANO SEGUNDO, *Lumen Gentium*, 31.
[22] Cf. Mt. 19, 16-26.

que los que ellos mismos vayan descubriendo y asumiendo como derivados de su propia vocación bautismal, vivida con coherencia y radicalidad crecientes.

b. Dejarles libre las manos

Junto al respeto de su autonomía de corazón, pienso que debe estar el respeto a su autonomía en la acción, *dejándoles libres las manos*.

En ocasiones, nos puede dar la impresión –a los que desde hace algunos años venimos siguiendo de cerca el fenómeno de los seglares ansiosos de compartir el carisma de un determinado Instituto– que, casi como por "instinto de conservación", los mismos Institutos quieren encontrar primordialmente en los seglares, continuadores de pesadas cargas institucionales que ellos mismos han venido acumulando con los años[23]. Y todo esto se acentúa, quizá, en una época en la que la falta de vocaciones y el consecuente envejecimiento de los religiosos y religiosas invita a veces a buscar soluciones "desesperadas", porque posiblemente no se han tenido ya las fuerzas suficientes para afrontar esa *revisión de obras* a la que ya apuntaba el propio Vaticano II.

Considero que una cosa es que se busquen fórmulas que ayuden a transferir a personal seglar la responsabilidad de algunas instituciones; otra que esos seglares tengan que participar necesariamente de nuestro *ser y hacer*, y otra, aún, que se caiga en la tentación de crear, desde la propia espiritualidad, Asociaciones de seglares para que sean ellos los *herederos de nuestras obras*.

Dejémosles libres las manos. Si alguno o algunos de los laicos que participan del propio carisma se siente llamado, desde su libertad, a comprometerse con nuestros "tinglados", favorezcamos que puedan encauzar a ello su creatividad y energía, pero no encerremos a nuestros laicos en nuestros "cotos", ni los carguemos con nuestros fardos. Trasmitámosles –eso sí– el propio espíritu y la propia orientación apostólica, pero dejemos que sean ellos artistas a la hora de encontrar cauces de expresión a su identidad, desde su condición laical y en medio de su ambiente social, cultural, laboral, familiar…

[23] Por no seguir la gran intuición evangélica de Francisco de no construir casas estables, para no perder así ni la libertad ni la disponibilidad del peregrino, sus seguidores –y especialmente las numerosas Congregaciones de la Tercera Orden– se han ido cargando de instituciones que, aunque nacieran encaminadas a facilitar el ejercicio de aquella obra de misericordia a la que se dedica particularmente el Instituto, poco a poco han ido dificultando el caminar del mismo, propiciando incluso, en no pocos casos, la pérdida de su original orientación apostólica o misión propia.

c. Dejarles libre los pies

Y para terminar estas consideraciones sobre la autonomía y libertad de los laicos llamados a compartir alguno de los carismas religiosos, pienso que es también muy importante el saberles *dejar libres los pies*.

¡Cómo nos gusta a los religiosos y religiosas los *dirigismos*! Una cosa es la constitución jerárquica de la Iglesia, y otra que los miembros de los Institutos religiosos nos creamos con el derecho –y a veces incluso con la obligación– de *dirigir* las Asociaciones de seglares que surgen desde el propio carisma.

Dejémosle autonomía para que ellos –dentro del marco establecido en los Estatutos elaborados al efecto– se muevan con libertad y creatividad. Si no es así, no *crecerán* nunca. Una cosa es *acompañarles* en su itinerario integral por medio de algún religioso o religiosa, y otra muy distinta, que sean éstos los que planifiquen, organicen y programen. Para crecer es necesaria la libertad de movimiento. Si no les concedemos a nuestros laicos la mayoría de edad, no pasaremos de tener "escuelas de monaguillos".

3. Talante propio de todos los seglares franciscanos

Y bien, tras esas pinceladas de *libertad* que responden plenamente y de forma sintética a lo que es mi reflexión respecto al tema central que aquí nos ocupa, permitidme una ulterior consideración acerca de aquellos elementos comunes que, de alguna manera, están llamados a identificar a las distintas Asociaciones laicales surgidas de la espiritualidad franciscana.

3.1. Testigos de humanidad

Un primer elemento esencial –identificante del ser franciscano laical, desde las más hondas raíces históricas de la Tercera Orden– es el de ser *testigos de humanidad*.

No cabe duda de que uno de los grandes signos de identidad de toda espiritualidad franciscana es su humanidad. En Francisco, la adoración del misterio del Dios humanado –que él personalmente contempla de modo

particular en Belén y en el Gólgota– no se quedó en mera admiración, sino que le impulsó a crecer en sentimiento humano, en humanidad, adorando así el misterio, tanto en su propio ser, como en todo rostro humano, en todo hermano[24].

Dentro de la espiritualidad ya más típicamente terciaria o laical, esa *adoración del misterio del Dios humanado, siendo testigos creíbles de humanidad*, se actúa a través de dos grandes ámbitos, –de dos grandes perspectivas o expresiones– de una misma realidad vital.

Uno de esos ámbitos, está más relacionado de forma directa con el propio *ser*, con el propio crecimiento personal; el otro, lo está más directamente con el *hacer*.

b. La "Penitencia" como constante crecimiento en el amor

El primero de dichos ámbitos es la *Penitencia* entendida como constante crecimiento en amor.

La *Penitencia* es en Francisco fundamental *desapropio*, es perder el sentido de *propiedad y señorío* que caracteriza una vida fundada sobre el *ego*, para hacer propios los sentimientos de mutua servicialidad que distinguen la vida fundada en el amor y que tiene como centro un *nosotros* del que es verdadero artífice, constructor y garante Dios.

Vida en penitencia, en consecuencia, es vida vivida desde el Espíritu; es crecimiento humano realizado según la escala de valores contenida en las Bienaventuranzas; es construcción integral de la persona, sin fisuras entre *ser humano* y *ser espiritual*; es, en fin, *crecer en amor* o, si preferís con otra expresión –que, desde el misterio de Belén y del Gólgota, conjuga a la perfección lo divino y lo humano– *crecer en humanidad*.

c. Las Obras de misericordia, como compromiso afectivo y efectivo con los más pobres en el "ser" y/o en el "hacer".

[24] Algo de todo esto puede apreciarse, entre otros muchos textos en la calidad de sentimiento humano que vivió la primera fraternidad y que Celano describe con todo detalle y poesía (Cf. *1Celano*, 38-39).

El segundo de los ámbitos en que todo laico franciscano está llamado a actuar su testimonio de humanidad es el ejercicio de las Obras de misericordia, como compromiso afectivo y efectivo que son con lo más pobres.

Las obras de misericordia –por su propia naturaleza– hacen referencia directa al mundo de la pobreza y de las carencias, contemplando clásicamente este mundo en los dos grandes ámbitos que lo configuran: el de las *carencias del ser*, al que se encaminarían las obras de misericordia denominadas tradicionalmente *espirituales*, y el de las *carencias del tener*, al que harían relación de forma más directa aquéllas otras conocidas como *corporales*.

En el ejercicio de las obras de misericordia –en el que, más importante aún que lo que se hace, es el talante con que se realiza– *la penitencia se transforma en minoridad*, en espíritu de servicio.

3.2. Con el colorido de las Bienaventuranzas

La *minoridad*, el talante servicial con que se ejercen las obras de misericordia, adquiere clásicamente en la tradición franciscana la tonalidad que confieren al *ser* y al *hacer* los valores que se traslucen en ese *arco iris del amor* que son las Bienaventuranzas. Cada familia –sin dejar de vivir la unidad del conjunto– acentúa de modo particular alguno o algunos de esos valores, dando así, al propio *crecimiento en amor* y al propio *talante apostólico*, una tonalidad que *matiza la unidad* espiritual franciscana *con el colorido de la diversidad* que tanto la ha distinguido y adornado tradicionalmente.

Siguiendo las fuentes franciscanas, el mensaje global de las Bienaventuranzas se podría compendiar en estos cuatro apartados:

a. Generosos, fuertes y limpios en el amor, haciendo propios los valores que se derivan de las Bienaventuranzas de los *pobres*, de los que *lloran* y de los que *aman con corazón limpio de egoísmo*[25] y de las Admoniciones de Francisco relativas a la *pobreza de espíritu, desapropiación y*

[25] Cf. Bienaventuranzas 1ª, 3ª y 6ª, en Mt. 5, 3.5 y 8 respectivamente.

compasión[26], a la *obediencia y al gloriarse en la cruz*[27], y a *la limpieza en el amor*[28].

b. *Sencillos y misericordiosos en el servicio*, encarnando de forma más directa los valores contenidos en las Bienaventuranzas de los *humildes* y de los *misericordiosos*[29], y en las Admoniciones referentes a la *humildad*[30] y *al amor extremado en las dificultades*[31].

c. *Defensores de la verdad y de la justicia*, acogiendo los valores ensalzados en las Bienaventuranzas de los que *tienen hambre y sed de justicia o son perseguidos por ella*[32]. Estos valores aunque no estén contenidos de forma expresa en ninguna de las Admoniciones, se encuentran en la base de todo el mensaje del propio Francisco, quien, siguiendo la radicalidad evangélica, situaba la *verdad* en el amor y la *justicia* en la obediencia al original proyecto de Dios sobre el hombre, sobre la sociedad y sobre la misma creación.

d. *Portadores y anunciadores de paz*, teniendo presentes de modo especial los valores contenidos en la Bienaventuranza de los que *buscan la paz*[33] y en las Admoniciones sobre la *paciencia y la paz*[34].

Conclusión. Los seglares franciscanos: Una familia unida en la diversidad

Y las conclusiones, cortas. Después de haber visto, aunque haya sido muy por encima, lo que comporta el *ser* de todo laico franciscano, simplemente resaltar una vez más que la *diversidad* viene dada precisamente por la variedad de carismas desde los que se alimenta ese mismo ser, y que dan –como ya antes se ha señalado– una *tonalidad propia al crecimiento personal en el amor* (a la

[26] Cf. SAN FRANCISCO, *Admoniciones*, 4ª, 14ª y 18ª.
[27] Cf. SAN FRANCISCO, *Admoniciones*, 2ª, 3ª, 5ª y 6ª.
[28] Cf. SAN FRANCISCO, *Admoniciones*, 9ª, 16ª, 21ª, 24ª y 25ª.
[29] Cf. Bienaventuranzas 2ª y 5ª, en Mt. 5, 4 y 7 respectivamente.
[30] Cf. SAN FRANCISCO, *Admoniciones*, 4ª, 5ª, 12ª, 17ª, 19ª, 22ª, 23ª y 28ª.
[31] Cf. SAN FRANCISCO, *Admoniciones*, 9ª, 11ª, 18ª y 24ª.
[32] Cf. Bienaventuranzas, 4ª y 8ª, en Mt. 5, 6 y 10 respectivamente.
[33] Cf. Bienaventuranza, 7ª, en Mt. 5, 9.
[34] Cf. SAN FRANCISCO, *Admoniciones*, 13ª y 15ª.

propia forma de vivir la *penitencia*) y un *talante específico a la actuación apostólica* (al ejercicio de las *obras de misericordia*).

Uno de los retos ahora sería –y así lo he anotado también en la *Guía para la reflexión en grupos*– ver hasta qué punto puede ser conveniente y factible el articular para la Tercera Orden seglar y los distintos movimientos laicales nacidos en el seno de la familia franciscana en España, un tipo de organización –similar de alguna manera a esta de las Superiores Mayores de las Órdenes y Congregaciones– que sirviera de cauce, entre otras cosas, para compartir las distintas experiencias y enriquecerse mutuamente desde su diversidad.

EPLA, 29-12-2003
Juan Antonio Vives Aguilella